

Falleció la Madre Esperanza, monja del Císter de Teror

Julio Sánchez

«¡Jesús, te amo!», fueron las últimas palabras de la Madre Esperanza, antes de fallecer a las 5:30 de la tarde del pasado domingo 25 de febrero. Tenía 86 años de edad y 70 de vida religiosa. Fue una santa muerte, como lo había sido su vida. Había sido ingresada en el Hospital Negrín y llevó su enfermedad con alegría y esperanza, animando a sus hermanas de Comunidad, a sus familiares y visitantes con exhortaciones espirituales y despidiéndose de todos diciendo: «Yo me voy ya». Había nacido en La Majadilla, Arbejales, en 1932. Sus padres Justo y Felipa tuvieron ocho hijos, a los que educaron en la fe y doctrina cristiana desde los primeros años. Esperanza sintió la llamada a la vida contemplativa desde su adolescencia. Con 16 años fue al Monasterio del Císter de Teror a preguntar a qué edad podía ingresar en la comunidad. Le dijeron que a los 17. Tuvo que esperar un año. Ingresó en clausura el 22 de mayo de 1949. El 19 de septiembre del mismo año tomó el hábito. Los votos temporales los hizo el 1 de abril de 1951 y los solemnes el 27 de abril de 1954. Fue sacristana 15 años, Tormera 16 y Abadesa 18. Últimamente era Prioira. La vida contemplativa la vivió con intensidad. A las 4:30 de la madrugada ya es-

taba en el coro de la iglesia haciendo meditación. A las cinco comenzaba el rezo del coro. Luego la Eucaristía. Supo armonizar la oración con las labores comunitarias.

Hacía pasteles, bordaba, lavaba y planchaba los purificadores y los paños de culto. En el locutorio era acogedora y a todos daba buenos consejos. Amaba a la diócesis y rezaba por el obispo, sacerdotes, seminaristas y por la vocaciones a la vida religiosa, activa y contemplativa. Era también muy estudiosa, sobre todo de la historia de La Iglesia. Escribió el libro «Historia de la Comunidad de Teror. Sus Monasterios», que la Fundación Mutua Guanarteme publicó en 1988.



Los últimos años de su vida los dedicó a prepararse para ir a la Casa del Padre. Solía decir: «Los pasitos que voy dando son como los pasos de Jesús». Al día siguiente de su muerte se celebró la Misa de cuerpo presente en el patio de la Comunidad, por estar la iglesia en obras. Fue presidida por el Vicario General, acompañado de once sacerdotes. Luego recibió sepultura en el cementerio del Monasterio. El recuerdo de su vida santa es un testimonio permanente para sus hermanas religiosas y para todos los que la conocimos.